



El Ártico que se derrite: cómo los osos polares están cambiando su menú para sobrevivir

Posted on Agosto 15, 2026

Imagina un oso polar de casi medio tonelada husmeando entre arbustos de bayas o desenterrando huevos de pato en una playa embarrada. Hace unas décadas, esa estampa habría parecido absurda. Hoy es una realidad cada vez más documentada en el Ártico. Los **osos polares y el cambio climático** llevan ya tiempo protagonizando titulares, pero la historia que se esconde detrás va mucho más allá de imágenes de hielo que se funde: es la historia de un depredador especializado que, ante la desaparición de su despensa habitual, está aprendiendo a comer de otra manera. ¿Será suficiente para sobrevivir? La respuesta es más compleja —y más fascinante— de lo que parece.

Un ártico que ya no reconocen

Imagina despertar cada año en tu casa y encontrar que las paredes han encogido un poco más. Eso es, a grandes rasgos, lo que viven los osos polares cada primavera.

El hielo marino del Ártico no desaparece de golpe, sino que se retira en silencio, década tras década, a un ritmo que los científicos describen como sin precedentes en miles de años. En verano, la extensión de

hielo que cubre el océano Ártico ha perdido alrededor de un tercio de su superficie respecto a las mediciones de hace apenas cuarenta años. Y lo que es igual de revelador: el hielo que queda es más delgado, más frágil, más joven. Ya no es la plataforma sólida y duradera de antaño, sino una capa efímera que se forma tarde en otoño y se rompe pronto en primavera.

Para el oso polar, esto no es un dato estadístico: es su despensa, su pista de caza y su suelo. Sobre el hielo persigue a las focas, su alimento principal. Sin él, queda varado en tierra durante meses, esperando que el frío regrese. Cada año, esa espera se alarga un poco más, y el animal que dominaba uno de los ecosistemas más extremos del planeta se encuentra, de pronto, sin el escenario que lo hizo posible.

¿Qué come un oso polar cuando no hay focas?

Imagina al mayor carnívoro terrestre del planeta hurgando entre rocas en busca de huevos de barnacla, o mordisqueando frutos silvestres en una ladera pedregosa. Parece una escena equivocada, de otro animal y otro paisaje. Pero es lo que los investigadores están documentando cada vez con más frecuencia en distintos rincones del Ártico.

La foca anillada sigue siendo su alimento favorito: densa en grasa, abundante en calorías y perfecta para acumular las reservas que el oso necesita para sobrevivir al invierno. El problema es que atraparla depende del hielo, y el hielo escasea. Así que, cuando la despensa habitual cierra, algunos osos están aprendiendo a abrir otras puertas.

Las colonias de aves marinas se han convertido en un recurso inesperado. Los osos escalan acantilados y pendientes rocosas para llegar a los nidos y saquear los huevos, una fuente de proteína que antes apenas figuraba en su menú. También se han visto ejemplares alimentándose de carroña —ballenas o morsas muertas varadas en la orilla— e incluso consumiendo algas, bayas y raíces, alimentos propios de un animal muy diferente.

El inventario sorprende, pero los expertos advierten que ninguno de estos sustitutos compensa la pérdida calórica de una buena cacería sobre el hielo. Son más bien parches, ingenio a la desesperada, que revelan la enorme capacidad de adaptación del oso polar... y también la profundidad del problema que enfrenta.

Adaptarse o desaparecer: el dilema en cifras

La pregunta que los investigadores llevan años intentando responder es tan sencilla como urgente: ¿pueden los osos polares sobrevivir de verdad con este menú de emergencia?

Los datos no invitan al optimismo. Aunque algunos individuos consiguen engullir huevos de barnacla o carroña de ballena en cantidades considerables, los estudios de seguimiento revelan que la mayoría de los osos que pasan el verano en tierra pierden peso de forma significativa, independientemente de lo que coman. La grasa de las focas anilladas no tiene sustituto fácil: es un combustible extraordinariamente denso que ninguna alternativa terrestre logra igualar por ahora.

Lo que más preocupa a los científicos no es solo el estado individual de cada animal, sino el impacto sobre la reproducción. Las hembras necesitan acumular reservas suficientes para gestar y amamantar a sus crías durante el invierno. Cuando esas reservas no llegan al umbral mínimo, los embarazos se interrumpen o las crías nacen con tan poco peso que difícilmente sobreviven. Se calcula que en algunas poblaciones la tasa de supervivencia de los cachorros ha caído de forma notable en las últimas décadas.

La adaptación dietética existe, sí, pero parece más una estrategia para ganar tiempo que una solución duradera. Los osos polares están improvisando, y la ciencia observa con atención —y cierta inquietud— hasta cuándo puede funcionar ese margen.

Lo que el oso polar nos dice sobre el futuro del Ártico

El oso polar no es solo un animal carismático en el póster de una campaña medioambiental. Es algo más útil: un termómetro viviente. Cuando una especie diseñada durante miles de años para prosperar sobre el hielo empieza a rebuscar entre nidos de aves o a competir con zorros por carroña, el mensaje es inequívoco. El ecosistema que la sustentaba ha cambiado de reglas.

Lo que ocurre en el Ártico no se queda en el Ártico. Las corrientes oceánicas, los patrones de lluvia en Europa, la estabilidad de la corriente en chorro que gobierna nuestros inviernos... todo está conectado con ese gran regulador de temperatura que es el norte helado. El deshielo no es un problema polar; es un problema planetario contado desde el extremo más frágil del mapa.

Y ahí está el oso, enorme y desconcertado, aprendiendo a vivir en un mundo que cambia más rápido de lo que ninguna evolución puede seguir. Quizás esa imagen valga más que cualquier gráfica.

Reflexión final

Hay algo profundamente revelador en la imagen de un oso polar hurgando entre matorrales o atrapando

aves en un acantilado. No es la estampa que teníamos grabada, pero quizás nos dice algo importante: la vida, cuando puede, busca la manera.

La pregunta que los científicos aún no saben responder con certeza es si esa capacidad de adaptación será suficiente, o simplemente un último recurso antes de que el margen se agote del todo. Lo que sí sabemos es que el menú cambiante del oso polar es, en el fondo, el menú cambiante del Ártico. Y el Ártico, de algún modo, también somos nosotros.

El Maipo/Ambientum